

Entre Freud y Marcuse: algunas perspectivas metapsicológicas y críticas sociales en torno a la noción de represión⁹⁰

Between Freud and Marcuse: some metapsychological and social perspectives around the notion of representation.

Entre Freud et Marcuse: certaines perspectives métapsychologiques et critiques sociales, autour la notion de répression

Entre freud e marcuse: algumas perspectivas metapsicológicas e críticas sociais em torno da noção de repressão

Edwin Augusto Correa-Cetina⁹¹

Cómo citar este artículo: Correa-Cetina, E.A. (2018-2). Entre Freud y Marcuse: algunas perspectivas metapsicológicas y críticas sociales en torno a la noción de represión. *quaest.disput*, 11(23), 66-89

90 *Recibido: 10/4/2018. Aprobado: 4/09/2018*

Este artículo es producto de una investigación.

91 Mg. en Filosofía Contemporánea. Universidad de San Buenaventura Bogotá- Colombia. Contacto: eacorrea@academia.usbbog.edu.co



Resumen

El camino de la barbarie a la civilización ha sido posible dentro del marco de la sublimación pulsional, encargada de relegar los intereses personales a acciones represivas capaces de contrarrestar la naturaleza caótica del ser humano. A este propósito se destaca el análisis de Marcuse que, sin apartarse de las teorías de Freud, examina la cultura y halla un problema: la represión implantada rebasó la conservación humana para instaurar razones instrumentales que indujeron a prácticas cosificadoras y sobre-represivas. El objetivo de este trabajo es examinar este problema, integrando la metapsicología freudiana con la teoría crítico social de Marcuse. Para ello, se emplea una metodología hermenéutico-analítica con la que se trazan dos momentos importantes: el primero, el esquema de los procesos filo y ontogenético que han entrañado la represión pulsional; el segundo, resalta los elementos represivos que se han superpuesto en la sociedad para trastocar los espacios de la sexualidad, el trabajo y el ocio. Se concluye que el principio de realidad vigente, deriva un principio de rendimiento que, agudiza la cosificación y somete a la libido a sus condiciones.

Palabras claves: Marcuse, Freud, represión, cosificación, pulsión, libido.

Abstract

The road from barbarism to civilization has been possible within the framework of instinctual sublimation, in charge of relegating personal interests to repressive actions capable of counteracting the chaotic nature of the human being. In this regard, Marcuse's analysis stands out, which, without departing from Freud's theories, examines culture and finds a problem: the repression implanted went beyond human conservation to establish instrumental reasons that led to reifying and over-repressive practices. The objective of this paper is to examine this problem, integrating Freudian metapsychology with Marcuse's critical social theory. For this, a hermeneutic analytical methodology is used with which two important moments are drawn: the first, the scheme of the philo and ontogenetic processes that have involved the drive repression; the second, highlights the repressive elements that have been superimposed in society to disrupt the spaces of sexuality, work and leisure. All in all, it is concluded that the principle of current reality, derives a performance principle that sharpens the reification and subjects the libido to its conditions.

Key Words: Marcuse, Freud, Repression, Reification, Drive, Libido.

Résumé

Le chemin de la barbarie à la civilisation a été possible dans le cadre de la sublimation instinctive, chargé de reléguer les intérêts personnels à des actions répressives capables de contrecarrer la nature chaotique de l'être humain. À cet égard, l'analyse de Marcuse se démarque, sans laisser de côté les théories de Freud, et examine la culture où se trouve un problème: la répression implantée est allée au-delà de la conservation humaine pour établir des raisons instrumentales qui ont conduit à des pratiques réifiantes et trop répressives. L'objectif de cet article est d'examiner ce problème en intégrant la métapsychologie freudienne avec la théorie de la critique sociale de Marcuse. Pour ce faire, on utilise une méthodologie herméneutique-analytique permettant de tracer des moments importants: le premier, c'est le schéma des processus philo et ontogénétiques qui ont supposés le refoulement pulsionnel. la seconde, met en évidence les éléments répressifs qui se sont superposés dans la société pour perturber les espaces de la sexualité, du travail et des loisirs. A partir de tout cela, on peut conclure que le principe de la réalité actuelle dérive d'un principe de performance qui aiguise la réification et soumet la libido à ses conditions.

Mots-clés: Marcuse, Freud, refoulement, réification, pulsion, libido.

Resumo

O caminho da barbárie à civilização foi possível no âmbito da sublimação instintiva, encarregada de relegar os interesses pessoais a ações repressivas capazes de neutralizar a natureza caótica do ser humano. A esse respeito, destaca-se a análise de Marcuse, sem se afastar das teorias de Freud, examinando a cultura e encontrando um problema: a repressão implantada ia além da conservação humana para estabelecer razões instrumentais que levassem a práticas reiterativas e super-repressivas. O objetivo deste artigo é examinar o problema, integrando a metapsicologia freudiana com a teoria crítica social de Marcuse. Para isso, utiliza-se uma metodologia hermenêutico-analítica, com a qual são traçados momentos importantes: o primeiro, o esquema dos processos filo e ontogenético que envolveram a repressão pulsional; a segunda destaca os elementos repressivos que se sobrepõem na sociedade para romper os espaços da sexualidade, do trabalho e do lazer. No entanto, conclui-se que o princípio da realidade atual, deriva um princípio de desempenho que aguça a reificação e sujeita a libido às suas condições.

Palavras-Chave: Marcuse, Freud, Repressão, Reificação, Impulso, Libido.



Introducción

Desde la década de los años 20, varios de los pensadores de La Escuela de Frankfurt se sienten seducidos por las teorías psicoanalíticas de Freud. Uno de ellos, fue Erich Fromm, quien consideró que descubrimientos como el inconsciente, los estudios sobre la neurosis y la teoría de los sueños, eran claves para entender diferentes fenómenos de la sociedad. Tal fue el impacto de estos elementos, que el mismo Fromm los acepta como enfoques dinamizadores de su propia obra⁹².

Por otro lado, Horkheimer y Adorno, encaminan los elementos teóricos de Freud a pensar las recónditas contradicciones sociales del hombre contemporáneo. Y por su parte, Marcuse fetichiza a Freud, pues lo considera como: “un profeta de la identidad y la reconciliación” (Jay, 1986. p, 184). Sin desvincularse de Freud, Marcuse explora la obra de otro psicoanalista de la época, Wilhelm Reich, y encuentra en sus trabajos referentes que avivaran su propia obra. El primer paso de Marcuse es estudiar y señalar las debilidades argumentativas de la obra de Reich, entre ellas: “la incapacidad de Reich para distinguir entre distintos tipos de represión *le impedía ver la dinámica histórica de los instintos sexuales y de su fusión con los impulsos destructivos*” (Jay, 1986. p, 185). Es así, como en Eros y Civilización, Marcuse no solo plasma los elementos esenciales de la obra de Freud, sino que también realza lo ausente del trabajo de Reich, al diferenciar por un lado, las formas disimiles de la represión; y por otro, el sofocamiento de la sociedad producto de la anulación pulsional. De esta forma, se piensa a la represión como aquella que refuerza el control, la cosificación, y la desviación libidinal hacia las condiciones previamente dispuestas por el principio de realidad.

Como consecuencia de ello, el filósofo alemán presupuesta una sociedad en la que el sujeto, sometido bajo las condiciones del mundo represivo, no puede emitir una felicidad que transgreda dicho mundo, puesto que “se trata de una alegría planificada y desarrollada en los límites de lo permitido. Bajo este contexto, la felicidad lograda es inofensiva, de ninguna manera atenta contra el orden existente” (Entel, A., Lenarduzzi, B., & Gerzovich, D., 1999. P. 36). Sin embargo, la imaginación parece ser el único vestigio que se encuentra al margen del principio de realidad, pues en cuanto a liberación pulsional se refiere, ella le pertenece de por sí al principio del placer.

92 Sin embargo, es de resaltar que Fromm fue acusado por los freudianos ortodoxos de abandonar las teorías psicoanalíticas de Freud. Ante tal acusación escribe Fromm: “Decir que porque rechacé la teoría de la libido he renunciado al freudismo es una declaración muy drástica posible sólo desde el punto de vista del freudismo ortodoxo” (Jay, 1986. p, 156).

Con todos estos referentes nace el interés de este trabajo, que se enfoca, en analizar la represión partiendo de sus cimientos originarios. Para tal propósito, se hace uso de la metapsicología freudiana, enfocándola bajo el espectro del proceso de represión filogenética y ontogénica; luego, desde un análisis crítico-social, se resalta como la represión, se ha superpuesto en la sociedad para trastocar los espacios de la sexualidad, el trabajo y el ocio. Este esquema teórico, permite pensar el momento en que la represión básica empleada para fijar la cultura, fue desdoblada para excederse y convertirse en un instrumento poderoso de enajenación, útil a un sistema de producción cosificador. Por tanto, el objetivo de este trabajo es examinar este problema, integrando la metapsicología freudiana con la teoría crítico-social de Marcuse. Todo ello conduce a vislumbrar una sociedad moderna, donde, del principio actuación, deriva un principio de rendimiento que agudiza la cosificación y somete a la libido al antojo de sus condiciones.

Pulsiones humanas: exigencias represivas

En plena lucha por la vida, la represión se ha constituido en la piedra angular que sostiene el edificio de la civilización. Laurent (2002) advierte que la represión busca alejar todo lo que es incompatible con el consciente, o sea, cualquier fuerza pulsional que pueda resultar dañina a la propia supervivencia humana. La pulsión nace al interior del cuerpo y sobre el cuerpo pueden caer acciones sociales restrictivas que lleven al sujeto a la contención pulsional. De ahí que se derive, la capacidad del hombre para transformar su propia naturaleza a partir de la desviación de esta energía desbordante. Esto es posible por medio de la coacción moral, social o laboral producto del constante cavilar del hombre sobre una completa metamorfosis del sistema de valores: “El cambio en el sistema de valores vigente puede ser definido provisionalmente como sigue: < de: satisfacción inmediata, placer, gozo (juego), receptividad, ausencia de represión> a: < satisfacción retardada, restricción del placer, fatiga (trabajo), productividad, seguridad>” (Marcuse, 1968, p.26). De esta forma, se constituye el fin originario de la represión que, es el de prolongar la vida y sostener las reglas que mantiene en cohesión a la cultura.

Es aquí, donde nace el concepto de represión básica, percibiéndose como aquella «modificación» de los instintos necesarios para la perpetuación de la raza humana. Es determinante indicar que sin las *-modificaciones de las pulsiones*,⁹³- el individuo sería incapaz de encajar en la sociedad civilizada.

93 Las modificaciones de los instintos en los seres humanos permiten pensar la represión de la pulsión, que los convierte en sí mismos y los separa de las bestias. Esta fue la introyección de la opresión en el ciclo irremediabilmente cerrado de la naturaleza. (Cfr. Horkheimer & Adorno, 1994, p. 120)



No obstante, *las represiones*⁹⁴ han consolidado el itinerario de la supervivencia humana; y al mismo tiempo sugieren un mundo regulado por la prohibición normalizadora. Sin embargo, lo anterior no deja exento pensar momentos rutilantes que cedan el protagonismo a la liberación pulsional. Aunque en primer juicio, esto pueda interpretarse como retroceso a la barbarie. Conforme a ello, la represión estimula la imanación entre sujeto y cultura, y se confabula como ordenanza máxima de la civilización. Un escenario opuesto a lo descrito, pernotaría un universo nefasto, donde los sujetos sucumben ante su propia naturaleza profana. Por este motivo, la frecuente restricción de las pulsiones, la organización propia y en grupo, cimientan la cultura y favorecen la avenencia entre los hombres:

Pero, ¡cuán impensable, cuán miope en todo caso aspirar a una cancelación de la cultura! Sólo quedaría el estado de naturaleza, que es mucho más difícil de soportar. Es verdad que la naturaleza no nos exigía limitar en nada nuestras pulsiones, las consentía; pero tiene su modo, particularmente eficaz, de limitarnos: nos mata, a nuestro parecer de una manera fría, cruel y despiadada, y acaso a raíz de las mismas ocasiones de nuestra satisfacción. Justamente por esos peligros con que la naturaleza nos amenaza nos hemos aliado y creado la cultura, que, entre otras cosas, también debe posibilitarnos la convivencia. Y por cierto la principal tarea de la cultura, su genuina razón de existir, es protegernos de la naturaleza. (Freud, 1979e, p.15)

En ausencia de la cultura, el estado de naturaleza prevalecería como amenaza potencialmente pavorosa; pues es en esta etapa, la desconfianza, el egoísmo y la intranquilidad, constriñen la base de la coexistencia humana:

Si dos hombres desean una misma cosa que no puede ser disfrutada por ambos se convierten en enemigos; y para lograr su fin, que, es principalmente, su propia auto conservación y, algunas veces solo su deleite, se empeñan en destruirse y someterse mutuamente. (Hobbes, 2009, p.114)

En este paraje, la cultura provee los adminículos necesarios para que el hombre introyecte la represión, y con ella doblegue su espíritu impetuoso. Así es como nace y se entraña la *represión básica*, aquí el hombre ya no tiene

94 Las represiones no solamente están constituidas para el desarrollo de la civilización, sino también para el desarrollo interior. Freud resalta que existe un cumulo de exigencias pulsionales que vienen desde interior y así como las excitaciones del mundo exterior, ejercen en este caso el efecto de unos traumas, en particular si son solicitadas por ciertas predisposiciones, por tanto, ante el desamparado del yo, este se defiende, al desarrollar intentos de escape: represiones y mecanismos de defensa como esfuerzos de desalojo que más tarde resultan desacordes al fin y significan unas limitaciones prolongadas para el desarrollo posterior.

otra salida que permanecer sujeto al dominio de sus pulsiones, y en un gesto proclive, el individuo acepta la cultura y todo lo con ella acaece.

Ahora bien, no hay que pasar por alto que, en la contienda represiva, no todo termina con la represión básica, a la suma de este tipo de contención, Marcuse formula el concepto de represión excedente. Este tipo de represión es de carácter social político y económico y está encargada de preparar una cuota de control adicional por medio del sistema de control predominante. Marcuse también resalta que, cualquier virada de energía destinada a la conservación del clan familiar patriarcal monogámico, o para el control público sobre la existencia privada del individuo, son ejemplos de represión excedente (Marcuse, 1968). Este tipo de represión a diferencia de la represión básica, busca perpetuar el progreso de la civilización bajo el control de instituciones que representan el dominio (Rocha, 2014). Sin embargo, dicha perpetuación de la civilización no sería posible sin la esencia que fundamenta a la represión misma. Tal esencia emerge de soslayar la libre gratificación pulsional. Solo en la carestía de la satisfacción, el sujeto logra internalizar los códigos culturales encargados de disminuir el placer. Este proceso recibe el nombre de principio de “la escasez (Lebensnot, ananké) que le enseña al hombre que no puede gratificar libremente sus pulsiones, que no puede vivir bajo el principio del placer” (Marcuse, 1968, p. 29).

Históricamente, la escasez ha trastocado las funciones sociales, dirigiendo la energía pulsional hacia actividades productivas que consumen la mayor parte de la vida del hombre. Por ejemplo, en algo tan antiguo como el trabajo, el sujeto desvía la gratificación, sacrifica el placer, e inmediatamente reconoce que el declive de sus pulsiones lo ha conducido a un aceptable padecimiento doloroso “por la duración del trabajo, que ocupa prácticamente la existencia entera del individuo maduro, el placer es «suspendido» y el dolor prevalece” (Marcuse, 1968, p. 46). Por este camino, se llega a la conclusión de que no solo el principio de realidad aparece para permear la estructura psíquica del sujeto, sino que desde las entrañas del sistema de control disuade el principio del placer. Siendo latente la forma, como el individuo logra asumir una realidad más segura pero aflictiva.

Proceso de represión social e individual

En el anhelo de una existencia tolerable, el hombre se ve obligado a acallar su naturaleza destructiva con el aplacamiento de sus pulsiones. A este propósito sirve la represión básica. El problema es que pronto este tipo de contención es rebasada por controles excedentes. Es así, como la supremacía de las fuerzas exógenas se impone para avasallar a Eros; y Eros al



no poder imponer sus condiciones desbordantes, fracasa. Bajo esta perspectiva, es de resaltar dos momentos esenciales de la contención: 1) La represión social desde su origen arcaico 2) La represión Ontogenético como control individualizado.

Represión social originaria: filogénesis

Marcuse integra a su reflexión, el análisis que Freud realiza sobre la elucidación del nacimiento cultural a partir del relato de la Horda Primitiva. Este relato narra como el jefe del clan, subvenciona la cultura con la implantación de leyes y códigos que garantizaran la armonía de la comunidad. El fin de tal ordenanza no es únicamente controlar a los miembros de la tribu sino también monopolizar el placer. De ello resulta, un sistema social impuesto por el padre que acapara los mejores privilegios, las mejores hembras y los más suculentos alimentos. Dicha posición privilegiada del regente causa disgusto en los machos jóvenes del clan, despertando en ellos deseo, envidia y celo. Todos estos apetitos y emociones impulsan a los hijos a gestar la idea de sublevación, que al final, cesa en el macabro asesinato del padre. Entonces, en ausencia de un poder firme y temido, la decadencia se apodera del clan, y con ella, el pavor se apodera de los salvajes.

Ante el caos, estos hombres intentan justificar su desdicha con la idea de que el fenecido ha desatado un castigo sobrenatural sobre el pueblo. Como resultado de este acontecimiento, aparece el sentimiento de culpa, y con él, la intención de purificar el pecado por medio de ritos totémicos. Según Freud (1980), el sentimiento de culpa, restablece el orden fundado por el padre primitivo. Este fenómeno es altamente relevante, pues en él, la integración del sentimiento de culpa y represión es llevada a cabo. En este punto es importante acentuar, que este relato es transcendental para Marcuse, pues cuando el padre acapara todos los placeres para sí mismo, ya con esta acción ha rebasado la represión necesaria para la perpetuación de la raza. Pues su sistema represivo, no solo está destinado a la perpetuación del grupo sino que también a la perpetuación de su propio poder; poder al cual el padre primigenio le suma el dominio excedente.

La relevancia del sentimiento de culpa en Eros y Civilización

El sentimiento de culpa fue esencial al momento introyectar la represión y la seguridad vital. Por esta razón, en Eros y Civilización, Marcuse, sin desfigurar la procedencia del relato de la Horda Primitiva, enfatiza el momento de la rebelión del grupo en contra del padre como reclamo del placer en favor del clan. Esta demanda es un desafío de Eros a la represión excedente, a pesar de que al final triunfa Eros, el costo de su victoria es muy alto.

Como bien se sabe, este hecho colocó en riesgo la preservación de la vida: sin restricciones los machos fuertes y vigorosos comenzaron a luchar peligrosamente entre sí por el mando de la tribu, a tal punto que sus propias vidas se hacen insoportables. Este escenario cambia, cuando los hermanos reflexionan sobre su decadente situación, a sabiendas de que el nuevo mundo, “engendrado a raíz del parricidio”, no es nada hospitalario. Por ello sopesando la situación intentan recuperar la cultura y la cohesión del grupo: “Consecuentemente, en un sentido estricto la civilización empieza sólo en el clan de los hermanos, cuando los tabúes, autoimpuestos ahora por los hermanos en el poder, utilizaron la represión en nombre del interés común de conservar al grupo como conjunto” (Marcuse, 1968, p.69). Para los hermanos, la vida sin restricciones es más dolorosa; de ahí, el anhelo de volver a la contención; pero no sin antes haber padecido en conjunto el sentimiento de culpa. Este fenómeno fue el encargado de restituir la norma:

El suceso psicológico decisivo que separó clan de hermanos de la horda original es el desarrollo del sentimiento de culpa. El progreso más allá de la horda original —y por tanto la civilización— presupone el sentimiento de culpa: lo introyecta en los individuos, y así mantiene las principales prohibiciones, contenciones y retrasos en la gratificación de los que la civilización depende. (Marcuse, 1968, p.69)

Ahora, bien, en torno a la perspectiva del relato de la Horda Primitiva, el sentimiento de culpa no solo incorpora la presencia de la prohibición, sino también evoca el recuerdo del amor y odio que sentían los victimarios por su padre. Para los miembros del clan, el padre (monopolizador de privilegios) encarna la figura de tirano (odio), sin embargo él es la garantía de la supervivencia (amor) sobre quien se sostiene las bases biológicas y sociológicas de las que depende la Civilización (Marcuse, 1968). En definitiva, fue el sentimiento de culpa el que redime la supervivencia y el orden del clan; de ahí en adelante, en sinergia con la represión, ambos custodiarán la civilización hasta nuestro días. Además, es necesario resaltar que el sentimiento de culpa va más allá de ser un simple cómplice de la represión; también representa el símbolo del padre primigenio que vence a la muerte. Una vez es reinstaurada la represión: el padre sobrevive en los ritos de adoración, donde los pecadores se arrepienten para luego seguir pecando, mientras los padres que ostentan el poder mantienen las represiones que permiten la preservación de su poder y la correspondiente organización del grupo (Marcuse, 1968). Hoy en día, el desenlace de estos hechos son susceptibles de rastreo histórico, se pueden encontrar conexiones de esa lógica represiva en mecanismos de restricción soportados en las instituciones históricas de dominio; el trabajo en la sociedad industrial avanzada es un ejemplo tangible de ello.



Represión individual: Ontogénesis

La represión no viene solo del seno social, también es producto de un proceso individual. De ahí que el proceso ontogenético se encuentre intrínsecamente relacionado con el nivel filogenético. Juntos tienen el mismo punto de encuentro en el factor represivo, cuyo predominio irrumpe en todos los espacios de la experiencia humana. Esto conlleva a que la existencia este alimentada de sucesos traumáticos directamente encadenados a la restricción y contención del placer. Para comprender adecuadamente este proceso represivo es necesario apoyarnos de los componentes metapsicológicos de Freud, por eso en un primer momento, se resaltan las instancias del aparato psíquico: Ello, Yo, Superyó. En un segundo momento, se describe el vínculo que existe entre complejo de Edipo y represión Ontogenética.

En relación al *primer momento*, la primera instancia por describirse es el -Ello-, Freud en ella retrata el motor del comportamiento humano, considerándolo la parte más primitiva de la psique; su fuerza pulsional inconsciente, indisolublemente gobierna el principio del placer. En esta instancia psíquica, la búsqueda perenne por la satisfacción, puede ser vista como un proceso primario capaz de liberar de modo rápido la excitación del sujeto. Su inherencia al gozo la hace pernicioso e incapaz de racionalizar lo que es conveniente para la autoconservación humana. Su peligrosidad mora en exigencias impulsivas agresivas que brotan desde interior del cuerpo al exterior. De no ser interrumpidas asentarían un riesgo altamente nocivo para el sujeto y su entorno. A consecuencia de ello, se presenta una instancia reguladora que, dentro un marco represivo, racionalizará los impulsos eróticos y agresivos canalizándolos en actividades disímiles que no afectaran la subsistencia del individuo: esta instancia es denominada -Yo-. El Yo, abriga el control en las funciones motoras, percepciones y parte intelectual del sujeto, adaptándolas a las condiciones del principio de realidad. Para lograr la consumación de esta adaptación, el Yo debe rezagar el placer y tomar todas las presiones del Ello para ceñirlas a los mandatos del Súper Yo. Esta última instancia emerge cuando el Yo interioriza las normas sociales y culturales incentivadas desde la infancia por padres y educadores. La introyección refleja la presencia viva de valoraciones morales individuales. Solo ante la fractura de la convicción moral, aparecerá el debilitamiento de la conciencia expresado en actitudes de remordimiento y vergüenza.

Es así, como el aparato psíquico impele el acto represivo de la siguiente forma: el Yo ofrenda la renuncia de lo pulsional al Superyó, el Ello es represado y el Superyó se impone presentando a un sujeto agradable a la sociedad. A pesar de la represión, la tensión entre yo y ello jamás

desaparece, en varias circunstancias la fuerza intempestiva del Ello no logra ser domesticada por su opuesto.

La tensión entre Yo y Ello: permutación de fuerzas psíquicas

La tensión entre Ego e Id puede ser entendida a partir del intercambio y predominio de las fuerzas psíquicas. En el Yo y el Ello, el psicoanalista austríaco, resalta un símil que retrata a un jinete (Yo) que tiene que enfrentarse a una fuerza corpulenta, el caballo (Ello). Cuando el jinete emprende el control sobre el caballo, intenta que su fuerza prevalezca siempre direccionándolo a donde él desea; pero no siempre es así, si el jinete desea permanecer sobre el caballo, en ocasiones no le queda otro camino que desfallecer ante la fuerza del animal para dejarse conducir por donde este quiere ir: ante una fuerza tan corpulenta la restricción fracasa. De la misma forma que pasa con el jinete, el Yo suele ceder a la voluntad del Ello como si fuera la propia. La diferencia entre uno y otro es que el jinete lo intenta con sus propias fuerzas, mientras que el Yo lo hace con las fuerzas que toma prestadas del superego (Freud, 1984b). Debemos entonces comprender que el aparato psíquico supone la permanente tensión entre Yo y Ello. Al ser el Ello una estructura latente y viva, siempre busca retornar para hacerse presente en el Yo. Dicho retorno significa, volver a la historia prohibida y sombría que padecieron los hermanos de la horda primitiva. En este caso, el retorno a lo reprimido se hace memoria del pasado, para hacerse huella inconsciente en el presente.

La represión ontogénica en el Complejo de Edipo

En el marco de la represión ontogénica, *el complejo de Edipo* se desarrolla en la etapa infantil del hombre; todo ocurre en los primeros años de vida cuando el niño experimenta y da rienda suelta a emociones de amor, temor agresividad, celos y animadversión. Esta condición se desvanece cuando el infante aprende a constreñir las pulsiones eróticas. Freud amplía esta explicación al exponer el complejo como un proceso previo temprano de identificación afectivo con el padre, y de objeto erótico con la madre. En la *psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1984) describe de la siguiente forma, lo previo al Complejo de Edipo: el niño manifiesta interés hacia el padre cuando su deseo lo conduce a *identificarse* con él. Este proceso de identificación hace que el infante ideologice tanto a su progenitor que, sin coacción alguna, le apetezca ser como él en todas las dimensiones posibles. Para Freud (1984), esta conducta es varonil por excelencia, nada tiene que ver con una actitud pasiva o femenina hacia el padre; sin embargo, durante este proceso, el niño es envuelto



simultáneamente en otra relación psicológicamente opuesta; cuando, como objeto libidinoso, emplaza su deseo sexual hacia la madre:

Ambos coexisten un tiempo, sin influirse ni perturbarse entre sí. Pero la unificación de la vida anímica avanza sin cesar, y a consecuencia de ella ambos lazos confluyen a la postre, y por esa confluencia nace el complejo de Edipo normal. El pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre. Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación. (Freud, 1984, p. 99)

Este complejo resulta ser trascendental en el desarrollo psicosexual humano, el individuo, en este caso el niño, experimenta atracción erótica hacia el padre del sexo opuesto, y la correspondiente identificación de querer ser como el padre se invierte como deseo de supresión. Esta transmutación es normal, aunque Freud advierte que, si la fijación sexual no se transmuta traería complicaciones en la edad adulta. Uno de estos inconvenientes puede darse cuando el niño no muda su objeto de fijación erótica y conserva la misma sujeción hasta la pubertad, verbigracia:

La génesis de la homosexualidad masculina es, en una gran serie de casos, la siguiente: El joven ha estado fijado a su madre, en el sentido del complejo de Edipo, durante un tiempo y con una intensidad inusualmente grande. Por fin, al completarse el proceso de la pubertad, llega el momento de permutar a la madre por otro objeto sexual. Sobreviene entonces una vuelta {Wendung} repentina; el joven no abandona a su madre, sino que se identifica con ella; se trasmuta en ella y ahora busca objetos que puedan sustituirle al yo de él, a quienes él pueda amar y cuidar como lo experimentó de su madre. (Freud, 1984, p. 102)

Para Freud este destino psíquico puede corroborarse repetidas veces en diferentes sujetos, siendo atrayente la manera como el individuo evita transmutar su fuerza pulsional a otro objeto erótico. El punto de llegada de este suceso es la identificación del sujeto con el objeto erótico no mudado. Ahora bien, el conflicto necesita superarse y todo inicia cuando el niño comienza a inhibir y sublimar las aspiraciones que no corresponden a las normas generadas por el principio de realidad: el profuso acervo de emociones del sujeto en sus primeros años de vida da origen al complejo y cobra relevancia dentro del campo filogenético y ontogenético. Esto se hace evidente, cuando el espejo ancestral del parricidio primitivo refleja la rivalidad del niño ante el padre; y por otro lado, se hace ostensible en el instante en que el niño incorpora el deseo incestuoso por la madre. La superación del complejo de Edipo, ocurre cuando la fuente de

remordimiento interno del sujeto emana en sentimiento de culpa, e introyecta el arbitrio de la represión, todo con el fin de purgar las transgresiones consumadas. Por esta razón, Freud (1980) resalta que, preceptos como el de no matar al padre y no cometer incesto, recíprocamente coinciden con las dos contravenciones del mito griego: 1. El asesinato del padre. 2. El maridaje con la madre.

Ahora bien, es de resaltar que Marcuse encuentra una situación símil, tanto en el relato heleno como en la descripción psicoanalítica freudiana, pues cualquier sujeto sometido a una represión pulsional insignificante sería incapaz de forjar una conducta compatible con su principio de actuación⁹⁵; lo que podría generar sutiles o difíciles trastornos psicológicos en la personalidad del sujeto. Por esta razón:

“Marcuse no se conformará, sin embargo, con este saber proveniente de la psicología, sino que irá más allá integrando esta reflexión metapsicológica con un presupuesto de carácter marxista: la esencia histórico-social de las manifestaciones humanas. Este es el sentido de la pregunta marcuseriana por el significado de la represión psíquica -filo y ontogenéticamente abordada- en el contexto del principio de realidad determinado por la época contemporánea, marcada a su vez por instituciones, formas de organización del trabajo, modos de propiedad sobre los medios de producción, valores y normas morales, etc.” (Rocha, 2014, p. 31)

Crítica social

En esta parte, veremos como la crítica de Marcuse se inmiscuye en plano social. La represión es una herencia arcaica que ha mutado en tiempos presentes, introyectándose de diferentes formas. Una de esas formas es el trabajo, el cual ha permeado nuestra realidad apoderándose de nuestra energía y gratificación casi de por vida. Sin embargo, fuera del tiempo de labor, el ocio también es controlado, éste ya no nos permite reinventarnos, puesto que él se encuentra determinado por las condiciones del principio de realidad. Así pues, Marcuse pone en evidencia una idea interesante: a pesar de que el trabajo ampare nuestras necesidades vitales, éste no encubre la represión padecida por las falsas necesidades.

Represión social: acercamiento al presupuesto marxista del trabajo

El trabajo, originalmente fue una herramienta diseñada para *relacionar al hombre con la naturaleza*, hecho para sustentar el desarrollo,

⁹⁵ Lo novedoso del pensamiento de Marcuse respecto a la teoría de Freud, es la formulación del principio de actuación. Según el pensador alemán éste principio es la forma histórica concreta que toma el principio de realidad. Este principio está especialmente contenido en las formas e instituciones de dominio vigentes.



transformación y autorrealización humana. Las nuevas generaciones experimentan los beneficios de la cultura; solo que para conquistarlos el hombre debe ofrendar un sacrificio circunscrito en la restricción de sus propias pulsiones. En este apartado se resaltaré este fenómeno desde la perspectiva del trabajo como expresión sublimadora, enajenada e imposibilitada de potestad docta. Es por ello, que en el comienzo histórico del trabajo las funciones del hombre eran consideradas actividades personales: el trabajo era una actividad libre, expresión sana de facultades físicas y mentales que garantizaban la subsistencia humana. Sin embargo, esto cambia en la sociedad contemporánea, especialmente en la etapa industrializada, cuando la alienación cobra poder dentro del trabajo. Se puede ilustrar lo dicho si resaltamos que en la etapa primigenia del hombre, el trabajo era un fin en sí mismo, era una expresión placentera y genuina de la humanidad; mientras que en la etapa industrializada el deleite de la labor se convierte en trabajo forzado y enajenado:

En este proceso de actividad genuina, el hombre se desarrolla, se vuelve él mismo; el trabajo no es sólo un medio para lograr un fin el producto, sino un fin en sí, la expresión significativa de la energía humana; por eso el trabajo es susceptible de ser gozado. (Fromm, 1962, p.30).

Para Marx, el trabajo en su primera etapa, representaba gozo. Para el hombre era su propia disciplina sometida a la relación activa entre él y la naturaleza, con la cual desarrollaba libremente sus energías físicas y mentales. Sin embargo, hoy esto ha cambiado, debido al avance industrial, el hombre es obligado a abandonar su papel dinámico y vivo en el trabajo para asumir un papel pasivo y enajenado⁹⁶. Como consecuencia de esta transmutación, el hombre experimenta inmensas sensaciones de malestar. Es por eso, que en la etapa industrial el individuo es esterilizado de sus energías intelectuales y físicas, para ser sustituidas por extenuantes y fatigosas horas de trabajo. Ante tal escenario, Marx (1962) dice que la genuina satisfacción del hombre se halla en su tiempo de ocio⁹⁷, fuera de éste, sólo encuentra, represión, inmolación, sufrimiento y mortificación. Sin embargo esto no significa que el tiempo de ocio escape de ser regulado, administrado y provisto de los controles del sistema social. Marcuse acentúa

96 Dice Fromm (1962): "Marx, se va referir con el termino activo a todo lo relacionado a la funciones de las actividades libres del hombre, ejemplos de ello es el trabajo en sus orígenes y las funciones naturales de comer, beber y procrear. Por otra parte el término pasivo va muy bien acuñado al término enajenación, como algo ajeno, que no le pertenece, a la actividad como sufrimiento". (p.33).

97 Por otra parte es conveniente hacer una breve distinción entre ocio y tiempo libre, ya que estos conceptos no son lo mismo para Marx. Marcuse (1985b) escribe: "El tiempo libre de Marx no es un tiempo de ocio, pues la realización del individuo completo no es una cuestión de ocio. El tiempo libre pertenece a una sociedad libre, y el tiempo de ocio a una sociedad represiva" (pp.38-39).

que con la transferencia de poder también coexiste transferencia de responsabilidad que: “exime al individuo de ser una persona autónoma: en el trabajo y en el tiempo libre, en sus necesidades y satisfacciones, en su pensamiento y en sus emociones” (Marcuse, 1985, p.140). No obstante, es de resaltar que el ocio no simboliza la liberación de la enajenación laboral. La inacción representa para el sujeto no más que una pausa embelesada, que una vez terminada, brinda continuidad al desgaste de energía física e intelectual.

Por tanto, el hecho de subsistir no solo constriñe al sujeto, sino que también lo obliga a padecer circunstancias precarias, dadas a ser sobrellevadas bajo condiciones ajenas: si un individuo desea mejorar su condición, debe hacerlo bajo las imposiciones del aparato, y su estricto aprovechamiento depende las necesidades acusadas por el mismo (Marcuse, 1985). Es por ello que el control del ocio está destinado a la relajación mental y física del sujeto; una vez recargada su energía, el individuo estará listo para que la mayor parte de su brío sea sisado en las prestezas cotidianas del trabajo. Dentro de este contexto, trabajo y ocio terminan por asociarse para ser distintas caras del mismo fenómeno social represivo, siendo esta manifestación el más claro ejemplo de control radical vivido para orientar y descargar la energía psíquica y física en conductas y fines predeterminados.

El ocio como fenómeno industrial

Recapitulando la idea paradójica de Marx que abrevia, como el ocio ha sido inhabilitado de la condición universal de favorecer el desarrollo de las aptitudes intelectuales del hombre para pasar a ser una cuantía de cambio comercial. Esto último cobra especial relevancia en la sociedad industrial avanzada, la cual concibe al ocio como un tiempo de recreo abastecido y catalizado por la industria del entretenimiento. Esto quiere decir que tanto en el trabajo como en la diversión se asientan mecanismos de sujeción frecuentemente confabulados a beneficiar el aparato de dominio. Como consecuencia de dicha circunstancia, el control se hace total, propiciando la completa administración de la vida del sujeto en espacios laborales y de esparcimiento; esta mutua inmiscución conduce a que el sistema obtenga óptimos beneficios productivos y de paso suspenda la aparición de mecanismos de liberación ante la realidad represiva del sujeto. Podemos, entonces aquí considerar, la dificultad de concebir sujetos autónomos dentro un contexto que no solamente determina la gubernamentalidad del trabajo sino que también alcanza la industria del entretenimiento (Marcuse, 1985). La importancia de esta industria radica en administrar el ocio para contener al individuo el mayor tiempo posible dentro los parámetros del sistema de control.



Aún más, y siendo realmente innegable: sí el individuo, en su tiempo libre potenciaría su auténtico desarrollo intelectual, le sería menos complejo juzgar el carácter negativo de su condición represiva; de esta forma, hallaría mecanismos de sublevación que abatirían las regulaciones excedentes y opresivas del principio de actuación vigente.

Como puede observarse la organización de la sociedad comparece en la fluctuación de las formas históricas de dominio (principio de actuación), en este principio se condensa la pesadez del control sobre el individuo, naciendo aquí el desvío de las energías libidinales que, una vez bifurcadas dispone al trabajador para ser explotado en contextos deplorables:

Bajo el dominio del principio de actuación, el cuerpo y la mente son convertidos en instrumentos del trabajo enajenado; sólo pueden funcionar como tales instrumentos si renuncian a la libertad del sujeto-objeto libidinal que el organismo humano originalmente es y desea ser (Marcuse, 1968, p.57).

Sin embargo, es necesario resaltar que el principio de actuación también tiene plena correlación con el tiempo de ocio del trabajador. En ese espacio, el sujeto se auto avala como ser libre de toda coacción; lo que lo conduce a deducir tal idea, es el impulso quimérico de elegir y dilapidar su tiempo de recreo a su deleite. Lo que particularmente acaece, es que el sujeto se aleja de tal hecho, dado que este tiempo es regulado y determinado por los negocios y la política (Marcuse, 1993). De este modo, la industria del ocio se convierte en una actividad lucrativo encargada de regular los escasos lapsos de entretenimiento del individuo, destruyendo así su capacidad inventiva y autónoma: “El ocio está basado en el consumo controlado por las industrias comerciales, implica, no solo una perdida notable de libertad, sino también de espontaneidad y creatividad”(Cuenca, 2014.p. 58).

Considerada tal anulación, nos encontramos que esta no se ostenta sola, sino que es acompañada de insinuaciones perniciosas que se propagan eficientemente por medio del motor publicitario; del cual arraiga en el sujeto el exceso del consumo y la satisfacción de parvedades prolijas. El problema que Marcuse encuentra en todo ello, radica en que las necesidades impuestas por el aparato industrial, difícilmente le permiten al sujeto distinguir entre necesidades trascendentes e innecesarias. Todo se debe a la dificultad de encontrar criterios para diferenciarlas, dado que las necesidades falsas se presentan como si fuesen urgentes, necesarias y vitales (Marx, 1962).

Para Marcuse, dichas necesidades serán impulsadas en la sociedad industrial avanzada por medio de la publicidad libidinosa de mercancías, abruptos

aparatos motorizados y con estéticas falaces de supermercado (Marcuse, 1993). De este modo, la propagación publicitaria se confabula con la mercancía presentándola como necesidad vital, útil para ser disfrutada por el sujeto en tiempos de ocio. Para conseguir amplia fruición de los productos del mercado, el oprimido comparece ante una vida atribuida de represiones y sacrificios. Solo con dicha carga, la persona obtiene el capital que le permitirá adquirir bienes y servicios que disfrutara solamente en su tiempo libre. Este fenómeno es detectado por Marcuse, y retrata en él, a un ser alienado que falsamente asiente su libertad en el hecho de elegir entre una variedad de productos, creyendo que le ofrecen auténtica libertad, sin pensar que lo que verdaderamente sopesa es la ampliación de los espacios de control:

Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y de temor, esto es, si sostienen la alienación. Y la reproducción espontánea, por los individuos, de necesidades súperimpuestas no establece la autonomía; sólo prueba la eficacia de los controles⁹⁸ (Marcuse, 1993, p.38).

Si las formas predominantes de control cristalizan y ocupan todo el espacio de la vida del hombre, entonces: ¿qué alternativas de libertad tendría la humanidad y de dónde provendrían tales facultades?

Libertad pulsional: fantasía y perversión

Sabemos bien que para Freud la instauración del principio de realidad significó un proceso racional que introdujo consigo el acto civilizador del ser humano. Por su parte, Marcuse (1968) no pasa por alto el hecho vital y necesario de este principio, pues éste destrona las pulsiones para dar paso a funciones racionales que suspenden el gozo del placer para instalar en la vida del hombre una moral capaz de distinguir entre lo nocivo y lo útil.

Es de destacar, también, la forma como del interior del principio de realidad emergen prácticas normativas y pedagógicas que enseña al hombre a relegar su propio pasado sub-histórico de género (filogénesis). Este suceso se constituye en emblema latente de toda cultura que obliga a contener la fuerza pulsional para ser sublimada en actividades provenientes del momento predominante de control (principio de actuación). A pesar del

98 En la satisfacción de acumular mercancías se respalda la falsa libertad, pues ésta impone condiciones de consumo, que a costa de esfuerzo, solo benefician la producción: “Es así como la libertad acaba equiparándose con esa tosca satisfacción que no es más que la propia necesidad de perpetuación del sistema que nos determina con el poder adquisitivo de cada uno o con la capacidad de cada cual de maximizar sus beneficios en el mercado” (López, 2000, p. 3).



éxito de esta sustitución, el principio del placer no queda del todo infecundo, pues en él una actividad mental queda a su merced:

Con la introducción del principio de la realidad una manera de actividad mental fue aislada; se le dejó fuera de la experimentación de la realidad y permaneció subordinada tan sólo al principio del placer. Esta manera de actividad es llamada fantasía (das Phantasieren), empieza a funcionar en los juegos infantiles y después, afirmándose bajo la forma del soñar despierto, abandona su dependencia de los objetos reales (Marcuse, 1968, p. 137).

La fantasía, se constituye, entonces, en un proceso mental independiente, capaz de superar, en cierta medida, una sofocante realidad antagónica. Se trata de entrever con ella dos momentos decisivos de la liberación psíquica: a) las perversiones con función libidinal. b) las perversiones exentas la función libidinal.

a) Las perversiones, al estar asociadas con la fantasía intentan desentrañar las prohibiciones eróticas, constituyéndose en manifestaciones que retan los controles externos de la sexualidad. Sin un puesto privilegiado en la cultura, las depravaciones, remanentes, yacen en secreto dentro las lúgubres fauces del tabú. Por tanto, el fundamento último de estos preceptos radica en desafiar las prohibiciones, aunque esto colateral conlleve a que sean detestadas y aborrecidas dentro del plano social. Ahora bien, es el paraje contencioso del principio de realidad, quien etiquetará estas expresiones como terroríficas y monstruosas (Marcuse, 1968). Para tomar un ejemplo de atenuación pulsional: las culturas primitivas han encontrado en la monogamia, la forma de canalizar la fuerza libidinal, dado que en esta práctica la sexualidad se puede controlar y reducir a fines procreativos. Sin embargo, la instalación de la organización monogámica en la cultura, no implica que la subyugación de la sexualidad quede primariamente puesta al servicio de la reproducción, al contrario: “el contenido primario de la sexualidad tiene la *función de obtener placer de las zonas del cuerpo*; esta función sólo *subsecuentemente es puesta al servicio de la reproducción*” Freud (como se citó en Marcuse, 1968). Como consecuencia de esta organización social de la sexualidad, Marcuse coincide con Freud al afirmar que dentro de la cultura, cualquier expresión erótica que no se encauce a la preparación de la función procreativa será desaprobada y calificada como perversión.

A pesar del inmenso contenido negativo dentro del plano social, las perversiones pueden invocar por medio de las fantasías, acciones de insubordinación creciente de liberación; desligando justamente del sujeto las exigencias provenientes del control institucional: “Las perversiones

expresan así la rebelión contra la subyugación de la sexualidad al orden de la procreación y contra las instituciones que garantizan este orden” (Marcuse, 1968, p.59). Ahora bien, las perversiones al estar conexas con el placer, pueden irrumpir secretamente o no dentro del orden social. El sadismo, por ejemplo, es descrito por Marcuse como una tendencia llena de impulsos y comportamientos llevados a actos reales que involucran tener placer, al ejercer sufrimiento físico y psicológico, o humillación a la víctima. En el sadismo sexual, las relaciones libidinales, la agresión, el sufrimiento y la vergüenza sexual se basan en el común consentimiento, y sus prácticas al despertar satisfacción no connotan crueldad, estas perversiones son liberaciones de la represión social.

b) Por otra parte, es menester señalar que las prácticas crueles del sadismo no siempre parten del consentimiento mutuo, ni resultan beneplácitas para la víctima, si estas provienen de condiciones inhumanas:

La función del sadismo no es la misma en una relación libidinal que en las actividades de los SS. Las formas inhumanas, compulsivas, coactivas y destructivas de estas perversiones parecen estar ligadas con la perversión general de la existencia humana en una cultura represiva, pero las perversiones tienen una sustancia instintiva distinta de estas formas; y esta sustancia puede expresarse muy bien a sí misma en otras formas compatibles con la normalidad en la alta civilización (Marcuse, 1968, p.190).

Las formas inhumanas de estas perversiones parecen estar ligadas con el auge de normalidad restrictiva de la cultura⁹⁹; dentro de ella, ha nacido el sadismo libidinal como el no libidinal y como perversiones se resiste a ser doblegadas. El éxito de estas depravaciones radica en haberse manifestado dentro del principio de realidad sin restricción alguna (Marcuse, 1968). Por tanto, las perversiones significan una evidente liberación de la libido y de la agresión, son un salto entre una fantasía anulada que desublima la represión para hacerse real en contextos sexuales y sociales.

A modo de conclusión: cosificación en tiempos actuales

La civilización pone las bases de su estructura en la renuncia pulsional. Para alcanzar este propósito, el hombre debe imponerse el principio de realidad, que para Freud será el encargado de afianzar y mantener el orden de la civilización. En este mismo contexto, y por su parte, Marcuse instala el concepto de principio de actuación, con el fin de describir la forma histórica concreta que toma el principio de realidad; el cual está especialmente

99 Marcuse acentúa: “entre más intensa la represión mayor es la agresividad. El progreso de la civilización vendrá acompañado de una pulsión destructiva” (López, 2000, p. 3).



contenido en las formas e instituciones de dominio. Según esta lógica, podríamos afirmar que el principio de actuación, al estar ligado a la represión excedente; juntos, inmediato fortalecen las bases de la cosificación. En este sentido, la conservación humana, como objetivo primario de la represión, es sobrellevada de represión básica a represión excedente. A mi entender, un ejemplo de este tipo de represión llevada al campo de la cosificación, es muy bien identificado por Marx cuando denota como el ser humano enajenado es transformado en mercancía.

Para contextualizar esta idea, examinemos nuestra sociedad contemporánea. Verbigracia es el eslogan empresarial que a menudo escuchan muchos trabajadores: *nadie es indispensable en esta organización*, refleja lo poco que importan las condiciones de bienestar humano de las personas, es la cosificación hecha frase; y lo que con ella verdaderamente se pretende decir, es que si el trabajador, no se adapta las condiciones enajenantes y represivas, entiéndase esto como: carga de trabajo imprevisto, exceso de horas de trabajo, igual remuneración a mano de obra cualificado y no cualificada, tratos despectivos, sumados a los malos salarios; surgirá, entonces, otro trabajador que ocupará su lugar bajo el mismo espectro de obediencia incuestionable y de anuencia silenciosa. Esta es la manera cómo actúan muchos burgueses para individualizar al trabajador y despojarlo de su subjetividad. El beneficio desprendido de este fenómeno es producir, sumar rentabilidad, y sostener así, el *principio de rendimiento*.¹⁰⁰ Dentro el marco de este principio, a las instituciones productoras, poco les importa la subjetividad, el hombre es solo un objeto transaccional, un simple objeto de alquiler.

Pero la cosificación no termina en este punto. No basta con que el trabajo absorba la fuerza corporal y mental del trabajador. En el espacio de ocio, dice Marcuse, el sujeto es hostigado por la industria publicitaria induciéndolo a consumir productos innecesarios. Dicho consumo superfluo termina absorbiendo el capital del trabajador, caudal que con esfuerzo consiguió en el perenne sufrimiento de su cotidianidad. Puede afirmarse entonces, que para el capitalista, el trabajador no es solo un objeto mercantil que vende su fuerza de trabajo, sino que también representa un objeto con poder adquisitivo capaz de obtener otros objetos: el sujeto no percibe, como la industria lo ha inducido a obtener sus productos, y mucho menos como ésta lo ha convertido en un bien para su propio consumo.

100 “El principio del rendimiento es la “forma específica del principio de realidad en la sociedad moderna”. Mientras el principio de realidad es un principio válido para toda sociedad, constituido por el conjunto de valores y normas que rigen el comportamiento de los individuos en una sociedad dada, el principio de rendimiento es el principio propio de las sociedades industriales, es un principio de realidad centrado en la eficacia, el productivismo y la capacidad de sostener con éxito la competencia con el otro, la lucha por la vida” (Díaz, 2007, p. 32).

En dicho contexto y tomando un ejemplo: sujetos con salarios jugosos se hacen presas fáciles del mercado bancario, al aprobar el análisis financiero de la entidad, ésta les brinda la apertura de una cuenta de depósito que a póstumo será acompañada de créditos jugosos; en la mayoría de ocasiones, dicho aval es difícil de rechazar porque ellos en sí mismo no solo venden sueños, estabilidad y futuro, sino que también llevan a la dilapidación de esa solvencia en mercancías innecesarias que, asociadas con la publicidad libidinosa y las falsas necesidades, terminan por disparar el impulsivo consumo de artefactos tecnológicos de última generación, productos de estéticas milagrosas, desodorantes, bebidas, y otras mercancías que prometen cumplir falazmente con la mejora del status de vida del sujeto. Esta es la razón por la que la relación libidinal con la mercancía ha sido el medio dispuesto por muchas industrias publicitarias para impulsar dentro del mercado un producto en concreto.

Cuando de estética falsa de supermercado se trata, es de apreciarse como el mercado capta en tiempos de ocio a consumidores inadvertidos; solo basta con encender la caja mágica de entretenimiento cotidiano para encontrarse con comerciales libidinosos que convidan al consumo frívolo. Estos comerciales presentan el producto de múltiples formas, el más común es el que ostenta a un hombre perseguido por un enjambre de mujeres, el motivo: el hombre aplico en su cuerpo una fragancia que funciona como feromona irresistible al sexo opuesto. Todo esto se confabula para sugestionar a espectadores ingenuos que suponen que una simple esencia desodorante actúa como hechizo mágico, capaz de atraer inexplicablemente a una multitud de mujeres tentadas por cualquier hombre que use tal producto. El objetivo es enfilear consumidores que rendirán culto y póstuma dependencia al producto, este escenario tiene nombre propio, y Marcuse lo rotula dentro del contexto del *fetichismo de la mercancía*: “Con el capital, los ordenadores y el saber-vivir, llegan los restantes «valores»: relaciones libidinosas con la mercancía, con los artefactos motorizados agresivos, con la estética falsa del supermercado” (Marcuse, 1993, p.8).

En resumen, la presencia de una relación libidinal del hombre con el producto, es perceptible cuando la aglomeración de mercancías aumenta la satisfacción del consumidor, o cuando los artefactos motorizados agresivos subliman la energía libidinal hacia la acometividad de la máquina¹⁰¹. Marcuse señala que: “la manipulación de la estructura instintiva es una de las palancas más importantes para la explotación y la opresión en la sociedad

101 La agresión que proviene de la represión es encauzada sin restricción hacia objetos del mercado que garantizaran la satisfacción del individuo. Esta sublimación no represiva: “implica una nueva idea de razón placentera, puesto que la racionalidad dominante, y su principio de rendimiento, han provocado un cambio substancial en el principio del placer” (López, 2000, p. 5).



del capitalismo tardío.” (Jürgen Habermas, Karl Popper, Ralf Dahrendorf y otros, 1993, p.38)

Todo esto conlleva a una era industrial exacerbada donde la patología crece en la falsa sensación de libertad, donde se crea un sujeto que supone independencia en la capacidad de elegir y consumir entre una variedad de productos del mercado. Pero lo que en realidad aquí se confina es la cosificación del hombre y la idolatría al sistema mercantil representados en un nuevo tipo de esclavitud sublimada:

Los esclavos de la sociedad industrial desarrollada son esclavos sublimados, pero son esclavos, porque la esclavitud está determinada no por la obediencia, ni por la rudeza del trabajo, sino por el status de instrumento y la reducción del hombre al estado de cosa. Perroux Francois (como se citó en Marcuse, 1993, p. 63).

Referencias

Cuenca Manuel (2014). *Aproximación al ocio valioso*. Recuperado de <https://www.google.com.co/search?q=Cuenca+Manuel.+El+valioso+ocio&q=Cuenca+Manuel.+El+valioso+ocio&aq=chrome.69i57.2916j0j4&sourceid=chrome&ie=UTF-8#q=El+valioso+ocio+universidad+de+deusto+pdf>

Díaz, Esther (2007). *La Escuela de Frankfurt, Foucault y la tradición crítica. En torno a la cuestión del sujeto*. Pensar: epistemología, política y ciencias sociales, N° 2. p.32

Entel, A., Lenarduzzi, B., Gerzovich, D (1999). *Escuela de Frankfurt: Razón, arte y libertad*. Buenos Aires: Eudeba.

Freud, Sigmund (1979). *Trabajos de Metapsicología*. Obras completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XXI

____ (1979 b). *El malestar de la cultura*. Obras completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XXI.

____ (1979c). *Más allá del principio del Placer*. Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XVIII.

____ (1979d). *Introducción del narcisismo*. Obras completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XIV.

____ (1979e). *Porvenir de una ilusión*. Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XXI.

____ (1980). *Tótem y Tabú*. Obras completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XII.

____ (1984). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XVIII.

____ (1984b). *El Yo y el Ello*. Obras Completas, Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, Volumen XIX.

Fromm Erich (1962). *Marx y el concepto de hombre*, México DF, México: Fondo económico de cultura.

Horkheimer & Adorno (1994). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid, España: Trotta.

Hobbes, Thomas (2009). *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. Madrid, España: Alianza.

Jay, Martin (1986). *La imaginación dialéctica*. Madrid, España: Taurus.

Jürgen Habermas, Karl Popper, Ralf Dahrendorf y otros (1980). *Filosofía radical. Conversaciones con Marcuse*. Barcelona, España: Gedisa.

Laurent, Paul (2002). *Metapsicología*. México DF, México: Siglo XXI editores.

López, María del Carmen (2000). *El arte como racionalidad liberadora. Consideraciones desde Marcuse, Merleau-Ponty y Gadamer*. Madrid, España: UNED.

Marcuse, Herbert (1968). *Eros y Civilización*. Madrid, España: Seix barral.

____ (1985). *Ensayos sobre política y cultura*. Barcelona, España: Planeta de Agostini.

____ (1993). *El hombre unidimensional*. Barcelona, España: Planeta de Agostini.



Marx, Karl (1962). *Manuscritos económico- filosóficos*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.

Rocha, Alfredo (2014). *Herbert Marcuse: entre psicología y filosofía*. Límite. Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología, Vol 9, N° 30. pp. 25-34.